

Carta a Jules Guesde

León Trotsky

11 de octubre de 1916

(Versión castellana desde “Lettre à Jules Guesde”, en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, León Trotsky, textos escogidos y presentados por Pierre Broué, Les Éditions de Minuit, París, 1967, páginas 42-48, también para las notas)

*Al señor ministro Jules Guesde, ministro de estado*¹

Señor ministro,

Antes de abandonar suelo francés, escoltado por un comisario de policía que personifica las libertades por cuya protección usted vigila en el seno del gobierno nacional, creo mi deber expresarle algunos pensamientos que a usted no le servirán probablemente para nada pero que, al menos, servirán *contra usted*.

Al expulsarme de Francia, su colega M. Malvy no ha tenido la valentía de darme a conocer los motivos de esta medida. Igualmente, otro de sus colegas, el ministro de la guerra, no ha considerado oportuno indicar las causas de la prohibición del diario ruso *Nuestra Palabra* del que yo era uno de los redactores y que, durante dos años, ha soportado todas las humillaciones de la censura dependiente de ese mismo ministro de guerra.

Sin embargo, no le ocultaré que los motivos de mi expulsión no tienen para mí nada de misteriosos: se trata de medidas represivas hacia un socialista internacionalista, de los que no quieren asumir el papel de abogados o esclavos voluntarios de la guerra imperialista. Por otra parte, si los motivos de la medida que me golpea no se me han explicado a mí, al interesado, por el contrario si han sido expuestos, en revancha, por M. Briand a los diputados y periodistas: en Marsella, en agosto, un grupo de soldados rusos amotinados mataron a su coronel; una investigación habría revelado que algunos de esos soldados poseían números de *Nuestra Palabra*². Tal es, al menos, la versión expuesta por M. Briand en su conversación con el diputado Longuet y el presidente de la comisión de asuntos extranjeros de la cámara, M. Leygues, que la ha transmitido a los periodistas de la prensa burguesa rusa.

Cierto que M. Briand no se ha atrevido a afirmar que *Nuestra Palabra*, sometida a su propia censura, fue la causa inmediata de la muerte del oficial. Su pensamiento puede expresarse así: estando dada la presencia en Francia de soldados rusos, es necesario barrer del suelo de la República a *Nuestra Palabra* y a sus redactores pues un diario socialista que no siembre la ilusión ni la mentira, podría, según la inaudible palabra de M. Renaudel, dar el «chivatazo» a los soldados rusos y ponerles sobre la vía peligrosa de la reflexión.

Desgraciadamente para M. Briand su explicación se apoya en un escandaloso anacronismo. Gustavo Hervé, en aquellos momentos todavía miembro de la comisión

¹ Este texto fue redactado por Trotsky en el momento de su expulsión del territorio francés. Hasta 1914 sus simpatías, evidentemente, se dirigían hacia el ala guesdista del Partido Socialista Unificado. Pero, en el momento de su expulsión, Jules Guesde era ministro de estado desde el mes de agosto de 1914 en el gobierno de guerra. La “Carta a Jules Guesde” fue publicada por primera vez en “Cartas a los abonados a *la Vie ouvrière*”, nº II, “La expulsión de Trotsky”, páginas 13-23.

² El 18 de agosto se habían manifestado, en el campo Mirabeau, cerca de Marsella, soldados rusos para obtener permisos de salida. El coronel von Krause, que había golpeado a uno de ellos, resultó mortalmente herido por el resto de manifestantes. La primera información sobre el asunto fue publicada en un diario suizo, *El centinela*, del 11 de octubre de 1916.

administrativa permanente de su partido, escribía el pasado año que si Malvy expulsaba de Francia a los refugiados rusos culpables de internacionalismo revolucionario, él, Hervé, garantizaba que la opinión pública de sus porteras aceptaría esa medida sin ninguna reserva. Evidentemente no se puede dudar que la inspiración de esta profecía no fue recogida por Hervé en uno de sus despachos del ministerio. A fines de julio, el mismo Hervé susurraba oficiosamente que yo iba a ser expulsado de Francia³.

En aquellos momentos (es decir siempre anteriormente a la muerte del coronel en Marsella), el profesor Durkheim, presidente de la comisión nombrada por el gobierno para ocuparse de los refugiados rusos, informaba al representante de estos últimos de la próxima prohibición de *Nuestra Palabra* y de la expulsión de los redactores de ese diario (ver *Nuestra Palabra* del 30 de julio de 1916).

Así se preparó todo de antemano, incluso la opinión pública de las porteras de M. Hervé. Sólo se esperaba un pretexto para lanzar el golpe decisivo. Se encontró ese pretexto: los desgraciados soldados rusos, en el momento oportuno (en beneficio de alguien) abatieron a su coronel.

Esta ocasión providencial ha dado lugar a una suposición que, me temo, corre el peligro de lesionar su pudor ministerial aún fresco. Los periodistas rusos que se han ocupado del incidente de Marsella han establecido que en este asunto, como casi siempre en casos semejantes, un *agente provocador* ha jugado un papel activo. Es fácil comprender cuál era su objetivo, o más bien el objetivo que perseguían los canallas bien retribuidos que lo controlaban. Les hacía falta un exceso cualquier por parte de los soldados, en primer lugar para justificar ese régimen de knout, un poco chocante para las autoridades francesas, después para crear un pretexto para medidas contra los refugiados rusos que se benefician de la hospitalidad francesa para desmoralizar, durante la guerra, a los soldados rusos.

Se puede admitir fácilmente que los iniciadores de este proyecto no creían ni querían llevar el asunto tan lejos. Probablemente habían confiado en alcanzar resultados más vastos con sacrificios menores. Pero en esta suerte de empresas siempre entra en juego un elemento de riesgo profesional. Esta vez, las víctimas fueron no el mismo provocador sino el coronel Krause y sus ejecutores. Incluso periodistas patriotas rusos hostiles a *Nuestra Palabra* han emitido la suposición que los ejemplares de nuestro diario habrían podido ser entregados a los soldados en el momento elegido por ese mismo agente provocador⁴.

¡Trate usted, señor ministro, de realizar una investigación, por intermedio de M. Malvy, en este sentido! ¿No confía usted en obtener ningún resultado? Yo tampoco. Pues, digámoslo francamente, los agentes provocadores como mínimo son tan apreciados para la pretendida «defensa nacional» como los ministros socialistas. Y usted, Jules Guesde, después de haber asumido la responsabilidad política exterior de la III República, de la alianza francorusa con sus consecuencias, de las pretensiones morales del zarismo, de todos los objetivos y métodos de esta guerra, usted no tiene otra cosa que hacer más que aceptar, con los destacamentos simbólicos de soldados rusos, los altos hechos en absoluto simbólicos del S. M. el Zar.

Al principio de la guerra, cuando se repartían a manos llenas las promesas generosas, su más próximo compañero, Sembat, hizo confiar a los periodistas rusos en que las democracias aliadas tendrían una influencia muy beneficiosa sobre el régimen interno de Rusia⁵. Este era entonces el supremo argumento con cuya ayuda los socialistas gubernamentales de Francia y Bélgica intentaban reconciliar, con perseverancia pero sin éxito, a los revolucionarios rusos con el Zar.

³ Gustave Hervé, antiguo director de *Guerre social*, célebre por sus diatribas antimilitaristas, se había convertido al chovinismo y a la guerra, transformando su diario en *La Victoire*. Los fondos secretos del ministerio del interior no eran extraños, según se murmuraba, a esta conversión.

⁴ En su autobiografía Trotsky precisará el papel jugado en este asunto por un agente provocador zarista llamado Winning.

⁵ Marcel Sembat, diputado socialista, había devenido ministro de trabajos públicos en el gobierno Viviani el 18 de agosto de 1914. León Blum era su jefe de gobierno.

Veintiséis meses de constante colaboración militar, de comunión entre los generalísimos, diplomáticos y parlamentarios, de visitas de Viviani y de Thomas a Tsárskoye Seló⁶, con una palabra: veintiséis meses de «influencia» ininterrumpida de las democracias occidentales sobre el zarismo, han fortificado en nuestro país a la reacción más arrogante, atemperada solamente por el caos administrativo, y al mismo tiempo han acercado sensiblemente el régimen interno de Inglaterra y Francia al de Rusia. Las promesas generosas de M. Sembat valen, como puede verse, menos que el carbón. La desgraciada suerte del derecho de asilo aparece así como un resplandeciente síntoma de la dominación militar y policíaca tanto aquí como más allá del Canal de la Mancha.

El ejecutor de Dublin, Llody George⁷, encarnizado imperialista con maneras de clérigo borracho, y M. Aristides Briand, de quien le dejo, señor Jules Guesde, el trabajo de buscar los rasgos en sus artículos de antaño, estas dos figuras expresan mejor que nada el espíritu de la actual guerra, su derecho, su moral, con sus apetitos tanto de clase como personales. Y que digno compañero para MM. Lloyd Geroge y Briand es M. Sturmer, este alemán buen ruso que ha hecho carrera agarrándose a las sotanas de las metrópolis y a los faldones de los meapilas de la corte⁸. ¡Qué trío tan incomparable! Decididamente, la historia no podía haber encontrado para Guesde ministro mejores colegas y patrones.

¿A un socialista honesto le es posible no luchar contra usted? Usted ha transformado al partido socialista en un coro dócil que acompaña a los corifeos del bandolerismo capitalista, en la época en la que la sociedad burguesa (de la que usted, Jules Guesde, era un enemigo mortal) desvelaba hasta el fondo su verdadera naturaleza. De los acontecimientos, preparados por todo un período de pillaje mundial, cuyas consecuencias hemos predicho en repetidas ocasiones, de toda la sangre derramada, de todos los sufrimientos, de todas las desgracias, de todos los crímenes, de toda la rapacidad y de toda la felonía de los gobiernos, usted, Jules Guesde, usted sólo extrae para el proletariado francés una sola y única enseñanza: a saber, ¡que Guillermo II y Francisco José son dos criminales que, contrariamente a Nicolás II y M. Poincaré, no respetan las reglas del derecho internacional!

Toda una nueva generación de la juventud obrera francesa, de nuevos millones de trabajadores despertados moralmente por primera vez por los relámpagos de la guerra, sólo se informa de lo que les quiere decir el Libro Amarillo de MM. Delcassé, Poincaré y Briand. Ante este nuevo Evangelio de los pueblos, usted, viejo jefe del proletariado, usted ha caído de rodillas y usted ha renegado de todo aquello que había aprendido y enseñado en la escuela de la lucha de clases.

El socialismo francés, con su pasado inagotable, su magnífica falange de pensadores, de luchadores y mártires, encuentra ahora (¡qué caída y qué vergüenza!) un Renaudel para traducir día a día, en la época más trágica de la historia, los altos pensamientos del Libro Amarillo en la prensa del mismo color.

El socialismo de Babeuf, de Saint-Simon, de Fourier, de Blanqui, de La Comuna, de Jaurès y de Jules Guesde (sí, ¡de Jules Guesde también!) ha encontrado por fin a su Albert Thomas para deliberar con Romanov sobre los medios más seguros para apoderarse de Constantinopla; su Marcel Sembat para pasear su pasotismo de diletante por encima de los cadáveres y ruinas de la civilización francesa; y su Jules Guesde para seguir, él también, al carro del vencedor Briand.

Y usted creyó, usted confió en que el proletariado francés que, en esta guerra sin ideas y sin salida, es desangrado por el crimen de las clases dirigentes, soportaría silenciosamente hasta el final ese pacto deshonesto entre el socialismo oficial y sus peores enemigos. Ustedes se han equivocado. Surge una oposición. A pesar del estado de sitio y de los furros del nacionalismo que, bajo diversas formas, realista, radical o socialista, conserva su substancia

6 Viviani y Albert Thomas habían visitado oficialmente en el mes de mayo de 1916 al gobierno zarista.

7 Llody George había reprimido, en las Pascuas de 1916, duramente la insurrección irlandesa en Dublín. Fueron ejecutados quince dirigentes, notablemente el líder socialista Connolly.

8 Sturmer, funcionario de origen alemán, ciegamente entregado a la autocracia, había devenido presidente del Consejo en febrero de 1916 gracias al apoyo del pope Rasputín.

capitalista, siempre la misma, la oposición revolucionaria avanza paso a paso y cada día gana terreno.

Nuestra Palabra, que ustedes han estrangulado, vive y respira en medio de un socialismo francés a punto de reaccionar. Arrancado del suelo ruso por la voluntad de la contrarrevolución triunfante gracias a la ayuda de la Bolsa francesa (a la que usted, Jules Guesde, sirve actualmente), el grupo de *Nuestra Palabra* era feliz por reflejar, en la medida en que nos lo permitía su censura, la voz de la sección francesa de la nueva Internacional surgiendo en medio de los horrores de la guerra fratricida.

En nuestra calidad de «extranjeros indeseables» ligamos nuestro destino al de la oposición francesa, estamos orgullosos de haber recibido los primeros golpes del gobierno francés, de su gobierno, Jules Guesde.

Con la oposición francesa, con Monatte, Merrheim, Saumoneau, Rosmer, Bourderon, Lorient, Builbeaux y tantos otros, hemos compartido el honor de ser acusados de germanofilia. El semanario parisino de su amigo Plejanov, que comparte su gloria como su deshonra, nos denunciaba cada semana a la policía de M. Malvy como agentes del Estado Mayor alemán. Por otra parte, usted ha conocido el precio de semejantes acusaciones puesto que usted mismo ha tenido el gran honor de servirles de diana. Ahora, usted concede su aprobación a M. Malvy, resumiendo para uso de los gobiernos de la defensa nacional las relaciones de sus chivatos.

Mi archivo político contiene una condena reciente a cárcel pronunciada contra mí, por contumacia, durante la guerra, por un tribunal alemán a causa de un folleto sobre *La guerra y la Internacional*. Pero, incluso al margen de este hecho brutal de naturaleza evidente para el cerebro policiaco de M. Malvy, creo tener derecho para afirmar que nosotros, internacionalistas revolucionarios, somos enemigos mucho más peligrosos para la reacción alemana que todos los gobiernos de la Entente. En efecto, su hostilidad contra Alemania sólo es una simple rivalidad de competidores, mientras que nuestro odio revolucionario contra su clase dirigente es irreductible.

La competencia imperialista puede también acercar a los hermanos enemigos; si los proyectos de aplastamiento de Alemania se realizasen, Inglaterra y Francia buscarían en una década acercarse al imperio de los Hohenzollern para defenderse contra la potencia excesiva de Rusia. Un futuro Poincaré intercambiaría telegramas de felicitación con Guillermo o con su heredero: Lloyd George maldeciría con su lenguaje de clérigo y boxeador a Rusia, esa muralla de la barbarie y del militarismo; Albert Thomas, en calidad de embajador de Francia ante el Kaiser, recibiría muguets de manos de las damas de la corte de Potsdam, como le ocurrió hace algún tiempo con las grandes duquesas de Tsárkoye Seló. De nuevo saldrían a relucir los lugares comunes de todos los discursos y de todos los artículos de ahora y M. Renaudel solamente tendría que cambiar en sus artículos los nombres propios, lo que está completamente a su alcance⁹.

En cuanto a nosotros, seguiríamos siendo los mismos enemigos jurados de la Alemania dirigente que somos ahora, pues odiamos a la reacción alemana con el mismo odio revolucionario que le hemos profesado al zarismo o a la plutocracia francesa, y si usted, usted y sus amigos en los diarios, osa aplaudir a Liebknecht, Luxemburg, Mehring, Zetkin, como enemigos intrépidos de los Hohenzollern, usted no puede ignorar que son nuestros camaradas, nuestros hermanos de armas; estamos aliados con ellos contra usted y sus amos con la indisoluble unidad de la lucha revolucionaria.

¿Se consuela usted, tal vez, pensando que somos poco numerosos? Pero somos mucho más numerosos de lo que creen los policías de toda clase. Con su miopía profesional ellos no se dan cuenta de este espíritu de revuelta que se levanta desde todos los hogares sufrientes, se extiende a través de Francia y Europa, en las barriadas obreras y en los campos, en los talleres y en las trincheras.

⁹ Renaudel se había convertido en director de *l'Humanité*.

Usted ha encerrado a Luis Saumoneua en una de sus prisiones¹⁰, pero ¿con ello ha calmado usted el desespero de las mujeres de ese país? Usted puede arrestar a centenares de zimmerwaldistas tras haber encargado a su prensa de cubrirlos una vez más de calumnias policiacas, pero ¿puede usted devolverles a las mujeres sus maridos, a las madres a sus hijos, a los niños a sus padres, a los enfermos su fuerza y su salud, al pueblo engañado y desangrado la confianza en quienes le han engañado?

Baje usted, Jules Guesde, de su automóvil militar, salga de la jaula en la que le ha encerrado el estado capitalista y mire un poco alrededor de usted. Puede que el destino tenga por última vez piedad de su triste vejez y pueda usted percibir el ruido sordo de los acontecimientos que se aproximan. Nosotros los esperamos, los llamamos, los preparamos. La suerte de Francia será demasiado espantosa si el calvario de sus masas obreras no lleva a un revancha, *nuestra* revancha, en la que no habrá lugar para usted, Jules Guesde, ni para los suyos.

Expulsado por usted, abandono Francia lleno de una profunda fe en nuestro triunfo. Por encima de su cabeza envió un saludo fraternal al proletariado francés que se despierta a los grandes destinos. Sin usted, y contra usted, ¡viva la Francia socialista!

León Trotsky
11 de octubre de 1916

Edicions internacionals Sedov



Para contactar con nosotros:
germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página: www.grupgerminal.org

¹⁰ Luis Saumoneau había sido arrestado en octubre de 1915, después de la conferencia de Berna en la que había participado.